

New York Times
Bestselling Author

EDICIÓN ANIVERSARIO



RAINTREE

LINDA HOWARD

LINDA WINSTEAD JONES

BEVERLY BARTON

TOP
NOVEL

ÍNDICE

Dante Raintree	7
Gideon Raintree	163
Mercy Raintree	333

Dante Raintree

LINDA HOWARD

Prólogo

Siempre ha habido algunos entre nosotros que son más que humanos. Al principio eran pocos, pero los de la misma casta se atraen, y así fue desde el principio, cuando la humanidad era nueva y se apiñaba en grutas iluminadas con hogueras. Algunas veces, huían a causa del miedo, o amenazados por puños que blandían palos. Otras veces, se marchaban en busca de otros semejantes a ellos. Y aunque había pocos, y la Tierra era grande, se encontraron, atraídos por el instinto, el poder y el conocimiento que los hacía diferentes desde el inicio de los tiempos, y por la voluntad de sobrevivir; porque sólo formando un grupo encontrarían la seguridad. Con el tiempo, aquellas comunidades crecieron, y hubo lucha entre aquellos que querían usar sus poderes para tomar lo que deseaban de los humanos más débiles, y otros que preferían vivir en armonía con los que no poseían dones. Hace siete mil años se convirtieron en dos tribus, y más tarde, en dos reinos: los Rain-tree y los Ansara. Aquellos dos reinos se enzarzaron en una guerra eterna, y la Tierra, en toda su dimensión, se convirtió en su campo de batalla.

Así fue, y así es.



7

Dante Raintree observaba, con los brazos cruzados, a una mujer en el monitor. La imagen era en blanco y negro, para mostrar mejor los detalles; el color distraía el cerebro. Se concentró en sus manos y estudió todos sus movimientos, pero lo que más le extrañó fue lo inmóvil que estaba; no jugueteaba con las fichas ni miraba a los demás jugadores. Echó un único vistazo a sus cartas, y después no volvió a tocarlas. Pidió otra dando unos golpecitos con un dedo en el tapete.

Sin embargo, el mero hecho de que no estuviera prestando atención al resto de los jugadores no significaba que estuviera tan distraída como aparentaba.

—¿Cómo se llama? —preguntó Dante.

—Lorna Clay —respondió su jefe de seguridad, Al Rayburn.

—¿Es su nombre de verdad?

—Sí. Lo he comprobado.

Si Al no la hubiera investigado ya, Dante se habría sentido decepcionado. Le pagaba a Al unos altos honorarios para que fuera eficiente y minucioso.

—Al principio pensaba que estaba contando —dijo Al—. Pero no presta la suficiente atención.

—Claro que sí presta atención —murmuró Dante—; lo que pasa es que no vemos cómo lo hace.

Un jugador que contaba las cartas era uno que recordaba

todas las cartas que se habían jugado. Supuestamente, contar las cartas no era posible, con todas las barajas que se usaban en los casinos, pero ningún establecimiento de juego quería un contador de cartas en sus mesas. Había individuos, aunque pocos, que podían calcular las posibilidades de ganar incluso con múltiples barajas.

—Eso también lo había pensado —respondió Al—, pero fíjate en esta parte del vídeo. Alguien conocido se le acerca y le habla, ella se da la vuelta, charla un rato y pierde por completo el hilo del juego. Ni siquiera presta atención cuando le llega el turno de nuevo; se limita a golpear en el tapete con el dedo. Y demonios, vuelve a ganar. Otra vez.

Dante observó el monitor con atención, rebobinó la cinta y miró de nuevo la escena grabada. Después la vio una tercera vez. Tenía que estar perdiéndose algo, porque no percibió ni una sola señal sospechosa.

—Si hace trampas —dijo Al, con una actitud casi de respeto—, es la mejor que he visto en mi vida.

—¿Qué te dice el instinto? —le preguntó Dante.

Confía en su jefe de seguridad. Al llevaba treinta años en el negocio de los casinos, y se decía de él que era capaz de distinguir a un tramposo según entraba por la puerta del establecimiento. Si Al pensaba que aquella mujer hacía trampas, entonces Dante tomaría medidas. Además, no estaría viendo aquella cinta en aquel momento si Al no le hubiera transmitido cierta inquietud al respecto.

Al se rascó la mandíbula pensativamente. Era un hombre grande y fornido, pero nadie que lo observara con atención podría pensar que era lento, ni física ni mentalmente. Por fin, dijo:

—Si no está haciendo trampas, es la mujer con más suerte del mundo. Gana. Una semana sí, la otra también. Nunca gana cantidades grandes, pero he comprobado la contabilidad, y gana unos cinco mil a la semana. Cuando sale del casino, se detiene en alguna máquina tragaperras y echa un dólar; nunca se va con menos de cincuenta. Tampoco es siempre la misma máquina. La he tenido vigilada, he hecho que la si-

guieran, incluso he buscado a la gente que coincide en el casino cada vez que ella está aquí, y no soy capaz de encontrar un denominador común.

—¿Está hoy aquí?

—Entró hace media hora. Está jugando al blackjack, como siempre.

—¿Quién es el crupier?

—Cindy.

Cindy Josephson era la mejor crupier de Dante, y casi tan buena a la hora de distinguir a un tramposo como Al. Llevaba trabajando para él desde que había abierto el Infierno, y confiaba plenamente en ella.

—Traed a esa mujer a mi despacho —dijo Dante, después de tomar una rápida decisión—. No llaméis la atención.

—Está bien —dijo Al.

Después salió de la sala de seguridad, donde los monitores mostraban todos los rincones del casino.

Dante también salió y se dirigió hacia su despacho. Normalmente, habría dejado que Al se encargara de la tramposa, pero tenía curiosidad. Aquella mujer era muy buena en lo que hacía, y su habilidad le estaba proporcionando cuantiosas ganancias: cinco mil dólares a la semana equivalían a doscientos sesenta mil dólares al año, y eso sólo de su casino. Probablemente, ella trabajaba en todos los casinos de la ciudad, y tenía cuidado de mantener las cifras relativamente bajas para no hacerse notar.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría robándole; cuánto tiempo habría estado ganando un poco de allí, otro poco de allí, antes de que Al se hubiera dado cuenta.

Las cortinas de su despacho aún estaban abiertas por completo a ambos lados de la enorme cristalera de su oficina. Aquel ventanal estaba orientado al oeste, de modo que Dante pudiera admirar las puestas de sol. En aquel momento, el sol estaba bajo, y el cielo estaba teñido de púrpura y dorado.

En su casa, en las montañas, la mayor parte de las ventanas estaban orientadas al este, y eso le permitía ver siempre el amanecer. Tenía algo en su interior que anhelaba el saludo y

el adiós del sol. Siempre se había sentido atraído por la luz del astro rey, quizá porque el fuego era el elemento que él debía controlar.

Comprobó su reloj interno: quedaban cuatro minutos para la puesta de sol. Sabía con exactitud, sin tener que consultar la tabla todos los días, cuándo el sol se ocultaría detrás de las montañas. No tenía despertador. No lo necesitaba. Estaba tan sintonizado con la posición del sol que sólo tenía que consultarse a sí mismo para saber la hora. Era capaz de despertarse a una hora determinada, aunque aquella capacidad no tenía nada que ver con el hecho de ser un Raintree, así que no tenía por qué ocultarla. Mucha gente normal tenía la misma habilidad.

Sin embargo, él era poseedor de otros dones que debía ocultar cuidadosamente. Los largos días de verano le infundían un poder que había de contener, pero que sentía zumbándole bajo la piel. En aquellos días, debía tener un extremo cuidado para no encender las velas espontáneamente, tan sólo con su presencia, y para no provocar incendios al dirigir una simple mirada a unos arbustos secos. Le encantaba Reno, y no quería reducirlo a cenizas. Se sentía tan vivo con el sol de verano que hubiera deseado dejar que toda aquella energía trascendiera desde su cuerpo hacia el exterior, en vez de contenerla.

Así debía de ser también como se sentía su hermano cada vez que hacía estallar un relámpago, con todo aquel poder atravesándole los músculos y los huesos. Su hermano y él tenían aquello en común: una conexión con la energía en estado puro. Todos los miembros del antiquísimo clan de los Raintree tenían algún tipo de poder, pero sólo los miembros de la familia real eran capaces de canalizar y controlar la energía natural de la Tierra.

Dante no era sólo un miembro de la familia real. Era el Dranir, el líder de todo el clan. Dranir era sinónimo de rey, pero la posición que él ocupaba no era sólo ceremonial, sino que verdaderamente poseía el poder de un monarca. Él era el hijo mayor del difunto Dranir, pero habría rechazado aquel

estatus si no hubiera heredado también las habilidades necesarias para desempeñar sus funciones adecuadamente.

Gideon era la persona que más poder tenía, después del mismo Dante; si algo le ocurriera al hermano mayor y muriera sin un hijo que hubiera heredado también sus poderes, Gideon se convertiría en el Dranir.

Aquella era una posibilidad que aterrorizaba a Gideon, y por ese motivo, en el escritorio de Dante había un amuleto de fertilidad. Había llegado por correo aquella misma mañana. Gideon se los enviaba regularmente porque estaba haciendo todo lo posible por asegurarse de que su hermano tuviera descendencia, y de aquel modo, disminuir la probabilidad de que él mismo tuviera que heredar aquel cargo. Siempre que conseguían reunirse, Dante tenía que rebuscar cuidadosamente entre su ropa y en todos los rincones para asegurarse de que Gideon no le había dejado uno de aquellos talismanes en un lugar oculto.

Gideon estaba perfeccionando la técnica de fabricación de los amuletos, pensó Dante. Después de todo, con la práctica llegaba la perfección, y su hermano había hecho muchos amuletos de aquel tipo durante los últimos años. Había conseguido que fueran más potentes. Algunos eran muy evidentes: piezas de plata que debían llevarse colgadas del cuello, por ejemplo, pese a que Dante no solía llevar joyas ni colgantes.

Otros eran sutiles y diminutos, como el que Gideon le había enviado incrustado en su nueva tarjeta de negocios, sabiendo que Dante se la guardaría en el bolsillo. Su hermano había cometido un error al no darse cuenta de que el poder que irradiaba el amuleto era notable. Dante había sentido sus vibraciones, aunque le había costado mucho encontrarlo.

Tras él, oyó que Al llamaba a la puerta de su despacho. La antesala estaba vacía, porque su secretaria se había ido a casa horas antes.

—Adelante —dijo, sin darse la vuelta para no perder ni un instante de la puesta de sol.

La puerta se abrió, y Al dijo:

—Señor Raintree, aquí tiene a Lorna Clay.

Dante se volvió y miró a la mujer con todos los sentidos en alerta. Lo primero que notó fue el color radiante de su pelo, un castaño oscuro y rojizo con todos los matices que iban desde el bronce al burdeos. La cálida luz ámbar se reflejaba en sus mechones brillantes, y Dante sintió una punzada de deseo en el vientre. Mirar aquella melena era casi como mirar al fuego.

La segunda cosa que Dante percibió fue que aquella mujer estaba furiosa.



2

Pasaron varias cosas, tan seguidas las unas de las otras, que podrían haber sido simultáneas. Con los sentidos tan agudizados, aquel latigazo de deseo colisionó con la reacción visceral de Dante hacia el fuego, enviándole explosiones de sensación por todos sus caminos neurológicos, con tanta rapidez que él no pudo controlarse. Al otro lado de la habitación, todas las velas se encendieron con unas llamas muy rápidas, salvajes, más brillantes de lo que debieran. Y, sobre su escritorio, el dichoso amuleto de fertilidad que le había enviado Gideon comenzó a vibrar de poder, como si de repente, alguien lo hubiera puesto en funcionamiento.

¿Qué demonios...

No tenía tiempo para analizar lo que estaba ocurriendo. Tenía que dominarse, y rápidamente, porque de lo contrario, toda la habitación se incendiaría. No había sufrido una pérdida de control tan humillante desde que había entrado en la pubertad y sus hormonas desatadas le habían jugado malas pasadas a todas horas.

Sin piedad, Dante comenzó a ejercitar su voluntad sobre aquel poder. No era fácil. Aunque se mantenía inmóvil, se sentía como si estuviera montando a un toro enorme y desbocado. La inclinación natural de la energía era ser libre, y resistía cualquier intento de domesticarla, de volver a confinarla

entre muros mentales. El control de Dante era normalmente extraordinario.

Después de todo, no era el poder lo que hacía un Dranir, sino el hecho de tenerlo y someterlo. La falta de control llevaba directamente a la devastación y a la exposición pública. Los Raintree habían sobrevivido a lo largo de los siglos gracias a su capacidad para mezclarse con la gente corriente, así que aquél no era un asunto para tomarse a la ligera.

Dante había trabajado durante toda su vida para dominar el poder y las energías que poseía, y aunque sabía que, como se acercaba el solsticio de verano, debía esforzarse doblemente para conseguirlo, no estaba acostumbrado a aquel grado de dificultad. Se concentró profundamente e hizo un ejercicio de sometimiento sobre las fuerzas de la naturaleza. Podría haber apagado las velas, pero con un esfuerzo aún mayor las dejó encendidas, porque extinguirlas en aquel momento habría llamado la atención más que el hecho de haberlas prendido involuntariamente en primer lugar.

Lo único que consiguió escapar al dictado de su voluntad fue aquel dichoso amuleto de fertilidad que había sobre su escritorio. Seguía zumbando y vibrando. Aunque sabía que Al y la señorita Clay no percibían la energía que irradiaba el objeto, tuvo que hacer otro esfuerzo inmenso para que su mirada no quedara atrapada en él.

Gideon se había superado. La próxima vez que viera a su hermano menor, iba a decirle unas cuantas cosas. Si Gideon pensaba que aquello era divertido, tendría que cambiar de opinión cuando Dante le diera la vuelta a la situación. Gideon no era el único que sabía hacer amuletos de fertilidad.

Cuando el fuego estuvo una vez más bajo control, él volvió a prestarle atención a su invitada.

Lorna intentó una vez más zafarse de la mano de aquel gorila que la estaba sujetando por el brazo, pero él la estaba agarrando con firmeza, aunque no con la suficiente presión como para hacerle daño. Pese a que le agradecía aquella aten-

ción, se sentía furiosa y también asustada, tanto, que quería enfrentarse a él con todas sus fuerzas, mordiendo, pateando y arañando, haciendo todo lo posible por liberarse.

Sin embargo, al ver al hombre que estaba ante ellos, inmóvil y silencioso, el instinto de supervivencia le indicó que mantuviera la calma en la medida de lo posible. Tuvo la sensación de que aquel hombre era una amenaza mucho más temible que el gorila.

Notó que se le formaba un nudo de terror en la garganta. No sabía qué era lo que le producía aquel miedo, pero sólo se había sentido así una vez en su vida, en un callejón de Chicago. Estaba acostumbrada a cuidar de sí misma en las calles de la ciudad, y normalmente utilizaba aquel callejón como atajo de camino a su casa, una habitación de paredes desconchadas y sucias en un edificio medio abandonado.

Sin embargo, una noche, cuando iba a entrar en aquel callejón, tuvo una aguda sensación de alarma que le puso el vello de punta y la dejó helada, incapaz de dar un paso más. No veía nada sospechoso, no oía nada, pero no podía seguir avanzando. El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que apenas podía respirar, y de repente, el miedo fue tan abrumador que salió corriendo hacia la calle principal y tomó el camino más largo hacia su casa.

A la mañana siguiente, la policía había encontrado en aquel callejón el cuerpo de una prostituta que había sido violada y salvajemente asesinada. Lorna supo que habría podido ser ella la asesinada de no haber sentido aquel pánico, aquella advertencia.

En aquel momento, sentía algo muy parecido: era el aviso de un peligro inminente. Aquel hombre, fuera quien fuera, representaba una amenaza para ella. Dudaba que la asesinara y la mutilara, pero había otros peligros, otros tipos de destrucción que ella podría sufrir.

Comenzó a sentir dificultad para respirar, y su visión se hizo borrosa. Con horror, pensó que quizá fuera a desmayarse, y no quería perder el conocimiento; aquello la pondría en una posición de indefensión completa.

—Señorita Clay —dijo él. Tenía una voz calmada, suave, como si no percibiera en absoluto su pánico, y nadie más supiera que ella estaba a punto de ponerse a gritar—. Siéntese, por favor.

Aquella indicación tuvo el bendito efecto de ponerla en movimiento. Consiguió tomar aire sin jadear, una, dos veces; no iba a suceder nada. No tenía por qué dejarse dominar por el pánico. Sí, aquello era algo alarmante, y probablemente no le permitirían volver a jugar al Infierno, pero no había contravenido ninguna ley ni las normas del casino. Estaba a salvo.

Aquellos pequeños destellos de luz brillaron de nuevo. ¿Qué...? Con desconcierto, Lorna volvió la cabeza y vio dos enormes velas de un metro de altura, una sobre el suelo y la otra sobre un dado de mármol blanco. Las llamas danzaban en las múltiples mechas de las velas.

Con un sobresalto, Lorna se dio cuenta de que se había quedado mirando fijamente las velas y que no había respondido al requerimiento de que se sentara. Volvió a mirar al hombre que estaba junto al ventanal, intentando recordar cómo lo había llamado el gorila.

—¿Quién es usted? —preguntó con tirantez. Después tiró una vez más del brazo, pero no consiguió liberarse—. ¡Suélteme! —le ordenó al gorila.

—Suéltala —dijo aquel hombre, en tono de diversión—. Gracias por traerla.

El gorila la soltó.

—Estaré en la central de seguridad —murmuró y, silenciosamente, salió del despacho.

Al instante, Lorna comenzó a estudiar sus posibilidades de huida, pero por el momento se mantuvo inmóvil. No quería salir corriendo. El casino tenía su nombre y su descripción. Si corría, entraría en una lista negra, y no sólo del Infierno, sino de todos los casinos de Nevada.

—Soy Dante Raintree —dijo el hombre, y después esperó un segundo para comprobar si aquel dato producía alguna reacción en Lorna. Para ella, aquel nombre no significaba nada, así que arqueó ligeramente las cejas. Entonces, él prosiguió: Soy el propietario del Infierno.

¡Vaya! Los dueños de los casinos tenían mucho peso en la comisión de juego. Tendría que conducirse con mucho cuidado, aunque Lorna sabía que llevaba ventaja. Él no podía demostrar que ella había hecho trampas, porque la mera realidad era que no las había hecho.

—Dante. Inferno. Lo entiendo —respondió ella, en tono displicente.

Seguramente, aquel hombre era tan rico que pensaba que todo el mundo quedaría sobrecogido ante él. Si quería que ella sintiera reverencia, debía tener algo más que riqueza. Lorna valoraba el dinero como todos los demás, porque ciertamente, facilitaba la vida. Le asombraba lo bien que dormía últimamente, una vez que había conseguido un pequeño colchón financiero; era un alivio no tener que preocuparse de cómo iba a conseguir la siguiente comida. Sin embargo, al mismo tiempo despreciaba a la gente que creía que su riqueza les hacía merecedores de un trato especial.

Además, el nombre de aquel individuo era ridículo. Quizá fuera cierto que se apellidaba Raintree, pero con toda probabilidad, había elegido el nombre de pila para que encajara con el nombre del casino. Seguramente se llamaría Melvin o Fred.

—Por favor, siéntese —le pidió él de nuevo, indicándole un sofá de cuero blanco que había a su derecha, mientras se acercaba lentamente.

Cuando sintió su cercanía, Lorna se dio cuenta rápidamente de que su sensación inicial había sido certera: aquel hombre era un peligro. Se movía con una gracia indolente, pero no tenía nada de lento ni perezoso. Era un hombre alto. Ella medía un metro setenta y cinco, y él debía de superarla en unos diez centímetros. Llevaba un traje elegante, aunque el corte de la chaqueta no conseguía disimular por completo la fuerza de los músculos que había debajo de la tela.

Lorna se dio cuenta de que había estado evitando mirarlo directamente a la cara para sentirse más segura; sin embargo, sabía que el hecho de ignorar cuál era su aspecto no serviría como defensa, sino más bien todo lo contrario. Lorna había

aprendido mucho tiempo antes que no debía esconder la cabeza en la tierra y esperar que todo saliera bien.

Él se sentó frente a ella, y en aquel momento, Lorna lo miró a los ojos.

Y sintió que el estómago le daba un vuelco.

Volvió a sentirse mareada y tuvo que agarrarse al brazo del sofá.

Aquel hombre tenía el pelo negro y los ojos verdes. Eran colores comunes; sin embargo, él no tenía nada de común. Llevaba el pelo largo hasta los hombros, y lo tenía muy brillante. A ella no le gustaba que los hombres llevaran el pelo largo, pero el suyo parecía muy suave, muy limpio, y Lorna tuvo ganas de hundir las manos en su melena.

Se apartó aquella idea de la mente con firmeza, pero sin poder evitarlo, su mirada la atrapó. Sus ojos eran de un verde tan intenso que parecía que llevaba lentillas de colores. Sin embargo, cuando las velas destellaron nuevamente, notó que sus pupilas se expandían y supo, por instinto, que todo lo que veía, desde la negrura brillante de su pelo hasta el verde fascinante de sus ojos era real.

Él la estaba atrayendo. Lorna percibía un poder que no entendía, pero que tiraba de ella. Las llamas danzaban salvajemente, más brillantes una vez que el sol se había puesto y el atardecer oscurecía el cielo más allá del ventanal de aquel despacho. Aquellas velas eran en aquel momento la única fuente de luz que había en la sala. Marcaban todos los ángulos del rostro del hombre, y arrancaban centelleos de sus ojos verdes.

No habían dicho nada desde que se habían sentado, pero Lorna se sentía como si estuviera inmersa en una batalla por conservar su voluntad, su fuerza, la independencia de su vida. Volvió a sentir pánico. «Lo sabe», pensó, y estuvo a punto de echar a correr. Olvidar los casinos, olvidar todo el dinero que había reunido, olvidarlo todo salvo la supervivencia. ¡Correr!

No obstante, su cuerpo no obedeció a su mente. Lorna continuó allí sentada, como petrificada... hipnotizada.

—¿Cómo lo hace? —preguntó él finalmente, con el mismo

tono calmado de voz, como si fuera completamente ajeno a las oleadas de poder que estaban sacudiéndola.

De nuevo, pareció que aquella voz atravesó el caos interior de Lorna y la devolvió a la realidad. Asombrada, ella lo miró fijamente. ¿Él pensaba que era ella la que estaba ocasionando aquella atmósfera tan extraña?

—Yo no soy —balbuceó—. Pensaba que era usted.

Quizá estuviera equivocada, porque él se quedó perplejo.

—Las trampas —aclaró él—. ¿Cómo me está robando?



3

Quizá él no lo supiera.

Su franqueza le produjo un alivio perverso. Lorna respiró profundamente. Al menos, en aquel momento estaba enfrentándose a algo que entendía. Hizo caso omiso de las extrañas corrientes de energía que había en aquella habitación y alzó la barbilla con los ojos entornados, devolviéndole la mirada a aquel hombre.

—¡Yo no he hecho trampas!

Aquello era cierto, al menos, en cuanto al significado habitual de la frase.

—Claro que sí. No hay nadie que pueda tener tanta suerte, a menos que esté haciendo trampas.

—Repito que yo no he hecho trampas —respondió Lorna con vehemencia.

—Lleva un tiempo frecuentando el Infierno. Cada semana sale de aquí con cinco mil dólares. Eso es un cuarto de millón al año, y de mi casino sólo. ¿A cuántos otros acude a jugar?

Entonces, la recorrió con una mirada fría de pies a cabeza, como si se estuviera preguntando por qué no vestía mejor teniendo tanto dinero.

Lorna notó que se ruborizaba, y aquello la enfureció. Hacía tiempo que no se avergonzaba por nada, porque la vergüenza era un lujo que no podía permitirse, pero el escrutinio

nio de aquel hombre hacía que tuviera ganas de retorcerse en el asiento. Ciertamente, ella no era la persona más elegante del mundo, pero iba limpia y dignamente vestida, y aquello era lo más importante, pese a que su ropa fuera de las rebajas de unos grandes almacenes. Sencillamente, no era capaz de gastarse cien dólares en un par de zapatos cuando otro par de doce dólares le quedaba perfectamente. Y la seda no sólo era cara, sino que además, era difícil de mantener. Ella prefería usar prendas de mezcla de algodón y poliéster, que no había que planchar.

—He preguntado a cuántos casinos acude usted a jugar cada semana.

—Lo que yo haga no es asunto suyo —dijo Lorna, clavándole una mirada asesina.

Se alegraba de sentir tanta ira, porque aquello le daba fuerzas. Sentir ira era mejor que sentirse herida. No permitiría que la opinión de su interlocutor le importara tanto como para hacerle daño. Quizá su ropa fuera barata, pero no estaba rota. Ella iba limpia y aseada, y no iba a avergonzarse de su aspecto.

—Al contrario. Yo la he descubierto, así que le indicaré a Al que avise a los jefes de seguridad del resto de los casinos.

—¡Usted no me ha descubierto haciendo nada! —exclamó Lorna. Estaba segura de ello, porque no había hecho nada que él pudiera descubrir.

—Tiene suerte de que yo sea el responsable —continuó él, como si ella no hubiera dicho nada—. Hay cierto sector en Reno que piensa que hacer trampas es un crimen merecedor de la pena capital.

A ella se le aceleró el corazón. Lo que él acababa de decir era cierto. Corrían rumores por la calle, noticias de gente que intentaba desviar la fortuna en su provecho y que desaparecía o moría. ¿Y acaso él le estaba diciendo que la acusaría públicamente, o que mantendría la situación como un asunto privado del Infierno?

Pero, ¿por qué iba a hacer eso? A Lorna sólo se le ocurrían dos razones. Una era que quisiera cambiarle aquel favor por

sexo; la otra era que quizá sospechara que ella hacía trampas, pero no tenía pruebas, y lo único que estaba haciendo era intentar que ella se delatara, o echarla para siempre del Infierno. Si se trataba de la primera razón, entonces aquel tipo era un canalla, y ella sabía cómo tratar a los canallas. Si se trataba de la segunda, bueno, entonces aquel tipo era un buen tipo.

Y eso era desafortunado para él.

Ella estaba observando con toda atención, leyendo hasta la más mínima expresión de su rostro. Lorna tuvo que hacer un esfuerzo por no moverse nerviosamente, pero el hecho de ser el centro de semejante concentración hacía que se sintiera muy inquieta. Prefería mezclarse con la multitud, permanecer en un segundo plano. El anonimato equivalía a la seguridad.

—Cálmese. No voy a chantajearla para que se acueste conmigo. No es que no esté interesado —puntualizó él—, pero no necesito obligar a nadie para tener relaciones sexuales cuando lo deseo.

Ella se sobresaltó. O le había leído la mente, o acaso su semblante dejaba entrever todos sus pensamientos. Sabía que no se había vuelto torpe a la hora de mantener neutral la expresión de su rostro, porque llevaba muchos años dependiendo de aquella facultad para mantenerse con vida. No era posible que hubiera perdido los hábitos defensivos de toda su existencia; así pues, él le había leído el pensamiento.

De nuevo sintió un ataque de pánico, pero se disipó inmediatamente debido a las imágenes que invadieron su mente: ellos dos manteniendo relaciones sexuales, en la cama, desnudos, con los cuerpos sudorosos y entrelazados, ambos jadeantes, a punto de alcanzar el clímax...

Se apartó bruscamente todo aquello de la cabeza, horrorizada, segura de que iba a humillarse a sí misma dejando entrever lo que estaba imaginando. Apenas podía mantenerse en el presente. El atractivo de aquel placer imaginado era tan fuerte que quería volver, perderse en aquel sueño, o alucinación, o lo que fuera.

Algo iba mal. No tenía el control de sí misma y no podía evitar que los flujos de energía que campaban a sus anchas en

aquella estancia la manejaran. Tampoco podía aferrarse a algo el tiempo suficiente como para examinarlo; justo cuando pensaba que se había estabilizado, se veía abrumada por una nueva reacción, otra emoción salvaje que surgía hasta la superficie sin freno.

Él volvió a hablar.

—Tienes precognición —le dijo, observándola con la cabeza ladeada, como si estuviera estudiando un espécimen interesante, con una vaga sonrisa—. También tienes sensibilidad, y quizá, telequinesia. Interesante.

—¿Está loco? —le preguntó ella con espanto.

¿Interesante? Aquel hombre estaba a punto de destrozar su vida, ella se estaba volviendo loca, ¿y él pensaba que era interesante?

—No lo creo. No, estoy seguro de que conservo la cordura —contestó él con una mirada de diversión, más cálida que las anteriores—. Adelante, Lorna, termina la frase por mí. La única razón por la que puedes tener el don de la precognición es que...

Ella siguió inmóvil, mirándolo fijamente. ¿Le estaba diciendo que realmente era capaz de leer el pensamiento de los demás, o le estaba tendiendo alguna trampa que ella era incapaz de ver? ¿Era él la fuente de la agitación que reinaba en aquel despacho?

—Puedes relajarte. No hay manera de que yo pueda demostrarlo, así que no puedo acusarte de hacer trampas. Pero supe lo que eres en cuanto dijiste que pensabas que era yo quien estaba haciéndolo. ¿Haciendo qué? No lo has dicho, pero esa frase ha sido como una aclaración, porque significa que eres sensible a las corrientes de la habitación. Una persona normal no habría sentido nada. Muchas veces, una habilidad psíquica va de la mano de muchas otras, así que ahora me resulta evidente por qué ganas tan a menudo. Sabes qué carta va a salir, ¿verdad? Y sabes cuáles son las máquinas que están a punto de dar el premio. Quizá incluso puedas manipular los ordenadores para que te concedan más de un premio.

Lorna apretó la mandíbula, temerosa de decir algo. No podía entablar una conversación sobre habilidades paranormales con aquel hombre. Por lo que sabía, seguramente tenía aquella habitación vigilada con cámaras y micrófonos, y todo lo que se dijera iba a ser grabado.

¿Y si una de aquellas extrañas alucinaciones se adueña de ella otra vez? Quizá ella dijera todo lo que él quería oír, quizá admitiera cualquier acusación que él pudiera hacer. Demonios, quizá todo lo que estaba sintiendo fuera el resultado de algunos efectos especiales que él tuviera instalados en el despacho.

—Sé que no eres una Raintree —continuó él suavemente—. Conozco a los míos. Así pues, la gran pregunta es... ¿eres de los Ansara, o eres simplemente una descarriada?

En aquella ocasión, la estupefacción la rescató.

—¿Una descarriada? —repitió, y volvió a un mundo que le resultaba real.

Tomó aire profundamente y contuvo un arrebato de furia. Él acababa de compararla con un perro callejero al que nadie quería. Bajo la ira, sin embargo, sintió la punzada acerada de la vieja y amarga desesperación. Siempre había sido aquello: un animal callejero al que nadie quería.

Durante un tiempo, un momento maravillosamente dulce, había pensado que eso cambiaría, pero le habían robado incluso aquella última esperanza, y ya no tenía ánimos para intentarlo de nuevo. En su alma, algo se había rendido. Sin embargo, el dolor no se había mitigado.

El hizo un gesto para quitarle importancia a lo que había dicho.

—No me refiero a ese tipo de descarriada. Usamos esa palabra para describir a una persona que tiene poderes pero no tiene afiliación.

—¿Afiliación a qué? ¿De qué está hablando?

—De alguien que no es Raintree ni Ansara.

Aquellas explicaciones dibujaban círculos, igual que los pensamientos de Lorna. Con frustración, con temor, hizo un gesto brusco con las manos y le espetó:

—¿Quién demonios es esa Sara?

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, un sonido rápido y fácil, como si riera a menudo. Ella sintió un cosquilleo en el estómago. El imaginarse el sexo con él le había bajado las defensas, y el reconocimiento distante del atractivo de aquel hombre se había convertido en algo mucho más intenso. Contra su voluntad, Lorna no pudo dejar de admirar su cuello musculoso, la línea marcada de su mandíbula... él era... asombroso. Sus rasgos eran fascinantes, demasiado como para describirlo como alguien guapo. Además, lo primero que Lorna había percibido en él no era su belleza, sino su poder.

—No he mencionado a ninguna Sara —le dijo él, riéndose—. Ansara. Ansara —repitió, y le deletreó el apellido.

—No lo había oído nunca —dijo ella cautelosamente, preguntándose si le estaba preguntando por una familia mafiosa. Sabía que el crimen organizado no era algo exclusivo de las familias italianas de Nueva York y Chicago.

—¿De veras? —le preguntó él, y aunque lo hizo en un tono agradable, ella supo que él no la creía, y percibió una amenaza implícita en aquella cuestión.

Tenía que mantener sus reacciones bajo control. Claramente, no sabía qué estaba ocurriendo, pero debía protegerse a sí misma, como había hecho siempre. Él estaba esperando a que ella respondiera a sus preguntas retóricas, pero Lorna no le prestó atención y se concentró en sus escudos...

¿Escudos? ¿De dónde había sacado aquella palabra? Nunca había pensado que tuviera escudos. Sabía que era fuerte, y que su corazón estaba marchito y endurecido por todo lo que había tenido que pasar. Pensaba que era una persona fría.

Sin embargo, nunca había pensado que tuviera escudos.

Hasta aquel momento.

Tenía la sensibilidad más expuesta que él hubiera visto, pensó Dante mientras la veía luchar contra el flujo de poder. Reaccionaba como una principiante ante los pensamientos

de Dante y su afinidad al fuego. En aquel momento, Dante mantenía su talento bajo estricto control, pero para ponerla a prueba, había enviado suaves ráfagas por la habitación y había hecho que las llamas de las velas danzaran. Ella se había afe-rrado a los brazos del sofá como si necesitara anclarse, y había mirado a su alrededor con miedo, como si estuviera buscando monstruos.

Cuando él había captado que esperaba que la chantajeara a cambio de sexo, Dante se había permitido una pequeña y agradable fantasía, a la cual ella había respondido como si él la tuviera realmente desnuda en la cama. Su boca se había vuelto roja, suave, y se le habían cubierto las mejillas de rubor. Bajo su jersey barato, los pezones se le habían endurecido tanto que se le habían dibujado visiblemente bajo el sujetador.

Demonios; durante unos segundos, ella había estado en peligro de que aquella fantasía se convirtiera en realidad.

Quizá fuera una Ansara, pero si lo era, no tenía ninguna instrucción; o por el contrario, era tan hábil que sabía fingir que no había sido instruida. Si era una Ansara de verdad, Dante se inclinaba por pensar lo último. Ser un Raintree tenía muchas ventajas, pero también tenía una desventaja: un enemigo implacable. La hostilidad entre aquellos dos clanes había provocado una gran batalla unos doscientos años antes. Los Raintree habían resultado victoriosos, y los Ansara habían sido prácticamente destruidos.

Los supervivientes de aquel clan, que una vez había sido poderoso, estaban desperdigados por todo el mundo, y nunca se habían recuperado como para volver a declararles la guerra a los Raintree. No obstante, eso no significaba que algún Ansara solitario no intentara causarles problemas.

Como los Raintree, los Ansara tenían distintos dones y diferentes grados de fuerza. Aquellos con los que Dante se había cruzado estaban tan bien instruidos como cualquier Raintree, así que no se les debía tomar a la ligera. Dante sabía que, aunque ya no representarían la misma amenaza que en tiempos pasados, cualquiera de ellos aprovecharía encantado la oportunidad de vengarse de los Raintree.

Así pues, no sería de extrañar que un Ansara disfrutara del hecho de hacer trampas en su casino. Había casinos más grandes en Reno, pero robarle al Inferno sería un triunfo personal, si ella era realmente una Ansara.

Él tenía también la habilidad de la empatía, aunque no tan desarrollada como su hermana Mercy, pero lo suficiente como para percibir los pensamientos de la mayoría de la gente con sólo tocarla. Las excepciones eran sobre todo los Ansara, porque ellos sabían cómo protegerse de un modo que los humanos desconocían. Los sensitivos debían protegerse, o podían resultar abrumados por las fuerzas que los rodeaban... tal y como parecía que Lorna Clay se había sentido abrumada.

O tal vez fuera una excelente actriz.

La luz de las velas era magia en su piel y en su pelo. Era una mujer muy bella, con una estructura ósea muy delicada, aunque tuviera una actitud crispada y hostil; pero qué demonios, él también sería hostil si lo hubieran atrapado haciendo trampas en un casino.

Dante quería tocarla para comprobar si era capaz de percibir algo. Sin embargo, probablemente ella saldría corriendo si le ponía un dedo encima. Estaba tan inquieta que quizá diera un salto hacia atrás en el asiento si él le pegaba un susto. Pensó en hacerlo, sólo por diversión.

Y lo habría hecho, de no ser por el grave asunto de las trampas.

En aquel momento, percibió un sonido alto, aunque no desagradable, seguido de otro y de otro más. Notó una inyección de adrenalina en el organismo. Se puso en pie, tomó a Lorna Clay por el brazo y tiró de ella para que se levantara del sofá antes de que emitieran el aviso grabado.

—¿Qué pasa? —gritó ella, que había palidecido.

—Fuego —respondió él lacónicamente, mientras la arrastraba hacia la puerta.

Cuando sonaron las alarmas de incendio, todos los ascensores se detuvieron según el protocolo de actuación.

Y ellos estaban en el piso décimo noveno.



4

Lorna se tropezó y estuvo a punto de caer de rodillas mientras Dante Raintree tiraba de ella. Se golpeó la cadera contra el marco de la puerta. Después recuperó el equilibrio, dio una sacudida hacia delante y se precipitó hacia el pasillo con tanta velocidad que impactó en la pared opuesta. Sin embargo, él no dejó de tirar de ella sin piedad. Lorna no dijo nada, no gritó, casi ni sintió el dolor, porque la pesadilla en la que se veía atrapada eclipsaba todo lo demás.

¡Fuego!

Vio que él le lanzaba una mirada de comprensión. Después le soltó el brazo y le rodeó la cintura, aferrándola a su costado mientras corría hacia las escaleras. Estaban solos en el pasillo, pero en cuanto él abrió la puerta de emergencia, Lorna oyó el estruendo de los pasos de la gente que bajaba en estampida por las escaleras.

El aire del pasillo estaba limpio, pero cuando la puerta se cerró tras ellos, Lorna lo olió: era el hedor del humo. Se le aceleró el corazón. Tenía miedo del fuego. Siempre lo había temido, pero no sólo por la precaución que tenían todas las personas normales. Si ella tuviera que elegir el peor modo de morir, sería perecer en un incendio.

Sufría pesadillas en las cuales estaba atrapada detrás de una cortina de llamas, incapaz de llegar a alguien... ¿quizá un

niño?, una persona más importante para ella que su propia vida. Justo cuando las llamas la alcanzaban y comenzaban a abrasarle la piel, Lorna se despertaba, temblando, llorando de terror.

No le gustaba ninguna llama, ni las de las velas, ni las de una chimenea, ni las de una cocina de gas. Y en aquel momento, Dante Raintree la estaba llevando al corazón de la bestia, cuando su instinto le pedía que subiera hacia el aire fresco, que se alejara del fuego todo lo posible.

Cuando llegaron al primer descansillo, el caos mental que le provocaba el pánico comenzó a adueñarse de ella, y tuvo que luchar por dominarse. Por lógica, sabía que debían descender, que saltar desde el tejado no era una solución viable. Apretó los dientes y se concentró en mantener el equilibrio, en dar los pasos con firmeza, aunque tal y como Dante Raintree la estaba sujetando, dudaba que pudiera caer.

Alcanzaron a un grupo de personas que también bajaba, pero no dejaban de gritarse los unos a los otros porque el paso estaba bloqueado y no podían seguir avanzando. En aquel tumulto, nadie conseguía hacerse entender, y algunos estaban tosiendo porque el humo era cada vez más espeso.

—¡No pueden subir! —bramó Raintree por encima de los gritos que se estaban produciendo en aquel atolladero.

Entonces, Lorna se dio cuenta de que el altercado se estaba produciendo por que había personas que querían subir a toda costa y empujaban hacia arriba a aquellos que querían seguir bajando.

—¿Quién demonios es usted? —le gritó alguien a Raintree desde abajo.

—Soy el dueño del Infierno —respondió él—. Yo construí el edificio, y sé adónde voy. Den la vuelta y sigan bajando. Ésa es la única salida.

—¡Pero el humo es mucho peor abajo!

—Entonces, quítese la camisa y átesela alrededor de la boca y la nariz. Que lo haga todo el mundo —ordenó él, gritando para que todo el mundo pudiera oírlo.

Entonces, el mismo Raintree soltó a Lorna y se quitó la

americana. Se sacó una navaja del bolsillo y separó el forro de la tela gris; después rasgó el forro en dos y le entregó una de las piezas de tela a Lorna.

—Utiliza esto —le dijo mientras se guardaba la navaja en el bolsillo.

Ella pensó que la gente seguiría empujando hacia arriba, sin hacer caso de lo que él había dicho, pero no fue así. Varios de los hombres, que llevaban chaquetas, imitaron el gesto de Raintree y les tendieron piezas de tela a los demás, y cuando todo el mundo tuvo protegidas la nariz y la boca, todos comenzaron a bajar las escaleras obedientemente, como un rebaño de ovejas.

Lorna vio que sus pies empezaban a moverse como si no fueran suyos, llevándola más y más abajo, acercándola más y más al infierno de fuego que los esperaba. Todas las células de su cuerpo estaban gritando, protestando, y tenía la respiración entrecortada, pero aun así, siguió bajando las escaleras como si no tuviera voluntad propia.

Raintree siguió avanzando inexorablemente y ella sintió el olor acre del humo. Comenzaron a llorarle los ojos y notó cómo subía la temperatura a medida que descendían. En el siguiente descansillo, miró el número del piso: décimo quinto. ¿Eso era todo? ¿No habían avanzado más que cuatro pisos? Intentó recordar cuántos descansillos habían pasado, pero había estado demasiado abrumada por el terror como para prestar atención.

Iba a morir en aquel edificio. Notaba el frío aliento de la muerte, como si los estuviera esperando al otro lado de las llamas que no podía ver, pero que sentía en la piel, como si fueran una gran fuerza que tiraba de ella. Aquélla era la razón por la que siempre había temido al fuego: siempre había sabido que su destino era quemarse. Pronto moriría, abrasada o asfixiada...

Y nadie la echaría de menos.

Dante hizo que todo el mundo continuara bajando. La coacción mental que estaba usando le garantizaba una evacua-

ción ordenada. Nunca había intentado utilizar aquella habilidad en concreto, ni siquiera sabía que la poseyera, y seguramente, si el solsticio de verano no estuviera tan próximo, no hubiera podido valerse de ella.

Al principio no estaba seguro de que funcionara, y menos con un grupo tan grande. Sin embargo, se había visto obligado a hacerlo, porque el incendio amenazaba con destruir el casino que él había levantado de la nada con tanto esfuerzo. Había puesto toda su voluntad en las palabras, en el pensamiento, y el grupo había obedecido.

Oía cómo lo llamaba el fuego, como si fuera un canto de sirena. Tal vez, incluso, las llamas estuvieran alimentando su poder, porque la cercanía de las llamas elevaba el nivel de adrenalina de su cuerpo. Aunque el humo le estuviera causando escozor en los ojos y se le filtrara por la tela de seda con la que se protegía la nariz y la boca, se sentía tan vivo que su piel apenas podía contenerlo. Quería reír, quería abrir los brazos de par en par y retar al fuego a una lucha en la que pudiera doblegarlo con su voluntad, tal y como había hecho con aquella gente.

De no ser por el nivel de concentración que necesitaba para mantener la coacción mental que estaba ejerciendo sobre el grupo, ya se habría enzarzado en la batalla. Todo su cuerpo le pedía que lo hiciera. Y él sometería las llamas, sí. Sin embargo, antes debía poner a salvo a aquellas personas.

Lorna seguía a su lado, pero con una rápida mirada, Dante supo que ella continuaba bajando escaleras sólo porque él la estaba obligando mentalmente. Por encima de la seda, su piel estaba blanca como el papel, y tenía los ojos vidriosos de terror. La agarró con más fuerza. Quería que estuviera a su lado cuando llegaran al piso bajo, porque de otro modo, quizá su pánico fuera tan intenso que pudiera liberarse de la coacción y salir corriendo. Dante no había terminado con ella todavía; de hecho, con aquel maldito incendio, probablemente hablara con Lorna Clay de algo más que de las trampas en el blackjack.

Si era una Ansara, si estaba involucrada en aquel incendio, moriría. Las cosas eran así de sencillas.

La había tocado, pero no había podido saber si era Ansara o no. En aquel momento no podía concentrarse en leerle la mente. El hecho de que no percibiera nada podía significar que era una descarriada o que era Ansara, y lo suficientemente fuerte como para poner una barrera entre su verdadera identidad y él. En cualquiera de los dos casos, aquello tendría que esperar.

El humo era cada vez más intenso, pero aún permitía respirar. La gente continuaba bajando las escaleras entre toses y murmullos.

Dante sintió que el fuego estaba concentrado en el casino, por el momento; sin embargo, se estaba propagando rápidamente hacia la parte del edificio ocupada por el hotel. Seguramente, los huéspedes del hotel estarían ya a salvo, pero Dante no sabía qué podría haberles ocurrido a aquellas personas que estaban jugando en el casino. Él no podía ayudarlos en aquel momento, así que siguió concentrado en los que estaban a su cargo en aquel instante. Si aquella gente sucumbía al pánico, si comenzaban a empujarse y a correr, podrían caer y ser pisoteados. Además, seguramente taponarían la puerta de salida y no podrían abrirla. Aquello había ocurrido muchas veces, y seguramente ocurriría más, pero no en su casino, si él podía evitarlo.

Llegaron a otro descansillo, y él miró el número del piso. El tercero. Sólo quedaban otros dos, gracias a Dios. El humo era ya tan espeso que le ardían los pulmones.

—Ya casi hemos llegado —dijo, para mantener la concentración de la gente, y oyó cómo algunos se lo repetían a los demás.

Siguieron bajando hasta que por fin descendieron los últimos pisos. Llegaron a una puerta que se abría a un pasillo jalonado de oficinas. Él sostuvo la puerta mientras la gente salía a aquel pasillo.

—Tomen el pasillo de la derecha. Pasen las puertas dobles que hay al final y vuelvan a tomar el camino de la derecha. La puerta que hay después de las máquinas de refrescos se abre al aparcamiento, al nivel del suelo. ¡Vamos, vamos, vamos!

Todos obedecieron, impulsados por su coacción mental, y se movieron rápidamente. Allí, el aire era espeso y caliente, y la visión sólo alcanzaba unos cuantos metros; las personas que pasaban ante él parecían fantasmas que desaparecían en segundos. Sólo sus toses y el sonido de sus pasos le indicaban el progreso del grupo.

Notó que Lorna se movía a su lado, intentando que él la soltara, tratando de obedecer a un tiempo el mandato mental de Dante y las órdenes de su propio instinto, dominada por el pánico. Él la agarró con más fuerza para evitar que escapara.

Dante notaba el fuego a su espalda, mucho más cerca. Cuando no quedaban más figuras envueltas en humo en aquel pasillo, se dio la vuelta, aferrando a Lorna, y se alejó del aparcamiento y de la seguridad para dirigirse hacia el demonio del fuego.

—Nooo.

Aquel sonido fue poco más que un gemido. Lorna comenzó a retorcerse dentro del círculo de su brazo. Rápidamente, Dante le dio un rápido empujón mental a la gente que aún atravesaba el aparcamiento de camino a la salida y después transfirió la coacción solamente hacia Lorna.

—Quédate conmigo.

Inmediatamente, ella dejó de resistirse, aunque Dante oía los sonidos ahogados de terror que ella emitía mientras caminaban, entre el humo, hacia la puerta que se abría al vestíbulo.

Dante la abrió y pasó al infierno, con Lorna a su lado.

El sistema de rociadores antiincendio estaba haciendo un valiente esfuerzo, pero el calor era como el de un horno monstruoso que evaporaba la lluvia de agua antes de que pudiera llegar al suelo. Los golpeó como una ola. Dante murmuró una maldición y el calor retrocedió. Al ser parte del fuego, el calor y el humo eran también posesiones suyas, como las llamas.

Dante reunió toda su concentración y desvió los fogonazos. Después creó una burbuja protectora, un campo de fuerza que los rodeó a los dos, evitando que el calor y el humo pudieran dañarlos.

El fuego estaba devorando el casino, consumiendo todo aquello que estaba a su alcance. Las columnas de la sala actuaban como velas que conducían las llamaradas hacia el suelo. Él comenzó a ejercer allí su poder para doblegar el fuego. Muy despacio, las llamas que lamían las columnas comenzaron a extinguirse, sometidas por una fuerza superior.

Lograr aquello al mismo tiempo que mantenía la burbuja protectora requirió todo su poder. Había algo que no iba bien. Comenzó a sentir un terrible dolor de cabeza, y supo que apagar el fuego no debería costarle un esfuerzo tan grande. Las llamas respondían con lentitud a su mandato, y Dante se preguntó si quizá la energía que había tenido que utilizar para dirigir al grupo de gente hacia la salida le habría dejado agotado. No se sentía cansado, pero notaba que algo marchaba mal.

Cuando sólo quedaban unas volutas de humo rodeando las columnas, Dante se concentró en las paredes y comenzó a debilitar el fuego que las consumía...

Por el rabillo del ojo vio que las columnas ardían de nuevo.

Con un rugido de furia e incredulidad, desató toda su voluntad sobre aquellas llamas, y de nuevo, se extinguieron.

¿Qué demonios...?

Las ventanas explotaron en aquel momento y enviaron esquirlas de cristal en todas las direcciones. Unos chorros brutales de agua entraron por los huecos, por cortesía del Cuerpo de Bomberos de Reno, pero las llamas comenzaron a brillar más y más. Una de las dos enormes arañas que había colgadas del techo cayó al suelo y se hizo añicos, enviando dardos de cristal en todas las direcciones. Uno de ellos le cortó la mejilla a Dante e hizo brotar la sangre de la herida.

Quizá debieran agacharse, pensó con ironía.

Notaba cómo Lorna temblaba a su lado mientras emitía sonidos de terror, pero sabía que ella no podía liberar la mente de la coacción que él ejercía. ¿Le había alcanzado alguno de los cristales? No tenía tiempo para comprobarlo.

Con un gran chasquido, una enorme lengua de fuego se extendió por el techo, sobre sus cabezas, consumiéndolo todo a su paso, incluido el oxígeno disponible. Entonces, comenzó a abrasar lo que había tras ellos, cerrándoles el paso.

Él empujó las llamas mentalmente, obligándolas a que se retiraran, valiéndose de todas sus reservas de fuerza y poder. Él era el Dranir de los Raintree; el fuego le obedecería.

Pero no lo hizo.

En vez de eso, comenzó a avanzar por la moqueta, hacia ellos, y Dante no podía controlarlo.

Nunca jamás había encontrado una llama a la que no pudiera doblegar, pero aquello era algo que estaba más allá de su poder. Usar sus poderes para coaccionar a aquella gente debía de haberlo debilitado. Era algo que no había hecho antes, así que no sabía cuáles podían ser las consecuencias. Y se negaba a aceptar que aquellas consecuencias fueran su muerte y la de Lorna.

La burbuja de protección se debilitó y el humo penetró en su interior. Lorna comenzó a toser convulsivamente, forcejeando para liberarse de Dante. Él siguió enfrentándose a las llamas, y sabía que necesitaba más poder. Si Gideon o Mercy estuvieran allí, habría podido vincularse a ellos, combinar su fuerza con la de sus hermanos, pero aquel tipo de asociación requería proximidad, así que Dante sólo podía contar con su propia fortaleza. No había otra fuente de poder de la que poder alimentarse...

Salvo Lorna.

No preguntó. No se tomó el tiempo de explicarle lo que iba a hacer. Se limitó a abrazarla por la espalda y se abrió camino en su mente, tomando sin escrúpulos todo lo que necesitaba. Se sintió aliviado al descubrir que podía disponer de mucho más poder del que había esperado. No se detuvo a analizar de qué clase era aquel poder, porque en aquella situación, el poder era como la electricidad. Máquinas distintas podían alimentarse del mismo poder y hacer cosas diferentes, como emitir música o aspirar el suelo. Era el mismo principio. Ella tenía poder, y él lo utilizó.

Lorna gritó y se desplomó en sus brazos. Después, quedó rígida.

Él atacó a las llamas furiosamente; lanzó una ráfaga mental que extinguió el muro de fuego que había a su espalda. La vaharada de oxígeno renovado hizo que las llamas que tenía frente a sí se incrementaran, así que Dante volvió a atacar. Notaba que sus reservas estaban renovadas, porque había tomado todo el poder de Lorna y lo había sumado al suyo.

Todo su cuerpo estaba vibrando. Le quemaban los músculos debido al esfuerzo. La burbuja de protección que los rodeaba comenzó a resplandecer. Sudando, haciendo caso omiso del dolor de cabeza, él siguió luchando con el fuego, mientras calculaba mentalmente cuánto tiempo llevaba allí, cuánto necesitaría darle a la gente del hotel para que consiguiera escapar. Había varias escaleras, y estaba seguro de que no todas las evacuaciones serían tan ordenadas como la que él había dirigido. No podía parar hasta que el fuego estuviera controlado.

Sin embargo, por algún motivo desconocido, no era capaz de apagarlo por completo. Lo único que pudo hacer fue mantener a raya las llamas. Finalmente, oyó gritos y, al volver la cabeza ligeramente, vio a los bomberos avanzando con las mangueras. Rápidamente, dejó que se disolviera la burbuja de protección, dejándolos a Lorna y a él expuestos al humo y al calor.

Con la primera inspiración, el humo ardiente le quemó los pulmones. Se ahogó, tosió, intentó respirar de nuevo. Lorna cayó de rodillas, y él cayó a su lado cuando el primer bombero llegaba hasta ellos.



5

Lorna estaba sentada en el parachoques trasero de una unidad médica móvil, envuelta en una manta térmica. Aquella noche era cálida, pero ella estaba empapada en sudor, y no era capaz de dejar de temblar. El médico había dicho que no estaba en estado de shock, porque aunque tenía un poco alta la presión sanguínea, algo comprensible, su pulso era normal. Sólo tenía frío porque estaba mojada.

Sin embargo, todo lo que había a su alrededor estaba... enmudecido, como si hubiera una pantalla de cristal entre ella y el resto del mundo. Tenía la mente paralizada. Cuando el médico le había preguntado su nombre, no había sido capaz de recordarlo, y menos de articularlo. Sin embargo, había recordado que llevaba el carné de conducir en el bolsillo, y se lo había mostrado al doctor. Era un carné de Missouri, porque aún no había sacado una licencia de Nevada. Para ello, debía ser residente del estado y tener un trabajo remunerado, y aquella última condición no se cumplía.

—¿Es usted Lorna Clay? —le había preguntado el médico.

Ella asintió.

—¿Le duele la garganta?

A Lorna le pareció que aquélla era una buena explicación para su silencio, así que asintió de nuevo. Él le examinó la garganta y pareció que se quedaba brevemente sorprendido.

Después le dio oxígeno para respirar, y le dijo que debían hacerle un examen completo en el hospital.

Sí, claro. Ella no tenía ninguna intención de ir a un hospital. Sólo quería marcharse a su casa.

No obstante, permaneció exactamente donde estaba mientras examinaban también a Raintree. Tenía sangre en la cara, pero resultó que sólo era por un pequeño corte. Ella oyó cómo les decía a los médicos que estaba bien, y que no creía que ninguno de los dos tuviera quemaduras, que habían sido muy afortunados.

Y un cuerno. Aquel pensamiento fue algo completamente nítido que emergió de entre el caos de ideas que había en su mente. Lorna sabía que él la había sujetado allí, en mitad de aquel infierno, durante una eternidad. Deberían estar ambos calcinados. O, al menos, deberían estar intentando tomar aire a través de sus vías respiratorias destrozadas, en vez de estar bien. Ella sabía los daños que causaba el fuego. Lo había visto, lo había oído, y era feo. Las llamas destruían todo lo que había en su camino. Lo que no hacían era danzar alrededor de uno y dejarlo indemne.

Cada vez que Lorna pensaba en el hecho de que no estaba muerta, de que ni siquiera tenía un leve rasguño, le dolía tanto la cabeza que apenas podía soportar el hecho de respirar, y el cristal que se interponía entre la realidad y ella se hacía cada vez más grueso.

Así que intentó no pensar en el hecho de estar viva, ni muerta, ni nada más. Siguió allí sentada mientras la escena de pesadilla seguía desarrollándose a su alrededor: los destellos de las luces, la multitud moviéndose, los bomberos apagando las llamas que aún persistían... Los motores de los camiones vibraban con tanta fuerza que Lorna quiso taparse los oídos con las manos, pero tampoco lo hizo.

Siguió esperando.

No sabía por qué. Debería marcharse. Pensó muchas veces en alejarse, pero no consiguió pasar del pensamiento a la acción. Por mucho que quisiera irse, estaba atrapada por una inercia contra la que no podía luchar. Lo único que podía hacer era estar allí sentada.

Entonces, Raintree se puso en pie y, bruscamente, ella se puso en pie también, debido a un impulso incomprensible. Estaba demasiado exhausta como para dar con una razón lógica. Al ver que él se acercaba, con paso decidido, a un grupo de policías, se sintió alarmada. ¿Iba a acusarla sin pruebas? Desesperadamente, quiso marcharse, pero en vez de hacerlo, se vio siguiéndolo dócilmente.

¿Por qué estaba haciendo aquello? ¿Por qué no se marchaba? Él ni siquiera la había mirado. No se enteraría de su huida. ¿Por qué su cerebro trabajaba con tanta lentitud? A nivel superficial, sus procesos mentales parecían normales, pero en lo más profundo no había más que torpeza. Había algo importante que debía recordar, algo que había emergido brevemente, sólo durante el tiempo necesario como para causarle cierta inquietud, y que después había desaparecido como una voluta de humo. Frunció el ceño, intentando recuperar aquel recuerdo, pero el esfuerzo sólo sirvió para intensificar su dolor de cabeza, así que dejó de hacerlo.

Raintree se acercó a dos policías y se presentó. Lorna intentó pasar inadvertida, pero todos la miraron con una mezcla de sospecha y curiosidad, y notó que se le aceleraba el corazón. ¿Qué iba a hacer si Raintree la acusaba de hacer trampas? ¿Correr? ¿Mirarlo como si fuera idiota? Quizá ella fuera la idiota, esperando allí como un chivo expiatorio.

Aquella imagen fue un gran impulso para ella, más grande que ningún otro. No estaba dispuesta a ser una víctima voluntaria. Intento alejarse, pero no pudo. Lo único que era capaz de hacer era seguir a su lado.

«Quédate conmigo».

Aquellas palabras le resonaron en la mente. Con cansancio, se frotó la frente, preguntándose por qué había oído aquellas palabras y por qué tenían importancia.

—¿Dónde estaba cuando comenzó el incendio, señor Raintree? —preguntó uno de los detectives. Acababan de presentarse, pero a Lorna se le borraron sus nombres de la cabeza en cuanto los hubo oído.

—En mi despacho, hablando con la señorita Clay.

Ellos la miraron con más atención aún. Entonces, el detective que había estado hablando a Raintree se dirigió a ella.

—Mi compañero le tomará declaración mientras yo hablo con el señor Raintree, para ganar tiempo.

Claro, pensó Lorna con sarcasmo. Lo que en realidad querían los policías era separarlos para que ella no pudiera oír lo que él iba a decir y después confirmar su versión. Si un negocio estaba produciendo pérdidas, algunas veces los propietarios eran capaces de quemarlo para cobrar la póliza del seguro.

El otro detective se acercó a ellos. Raintree se giró levemente y la miró.

—No te alejes. No quiero que te pierdas entre la multitud.

¿Qué se proponía? Había hecho que sonara como si tuvieran una relación, o algo parecido. Pero cuando el detective dijo que hablarían allí al lado, Lorna caminó a su lado, obedientemente, y se detuvo a unos pocos metros de repente, como si no pudiera caminar más.

—Aquí —dijo, sorprendida de lo áspera y débil que era su voz.

—Claro —respondió el detective, y se volvió hacia ella—. Soy el detective Harvey. Y su nombre es...

—Lorna Clay.

—¿Vive en Reno?

—Por el momento sí, pero no he decidido todavía si me quedaré.

Lorna sabía que no iba a quedarse. Nunca permanecía demasiado tiempo en el mismo sitio. Unos cuantos meses, seis como máximo, y se mudaba. El policía le pidió su dirección y ella se la recitó. Si aquel detective solicitaba que comprobaran sus antecedentes, sólo daría con una multa por exceso de velocidad que le habían impuesto tres años antes, y que había pagado sin protestar.

Así pues, siempre y cuando Raintree no la acusara de hacer trampas en su casino, todo iría bien. Quería mirar hacia atrás, para observarlo, pero sabía que era mejor no aparentar nerviosismo.

—¿Dónde estaba cuando se declaró el incendio?

—No sé cuándo se declaró —respondió ella con irritación—. Estaba en el despacho del señor Raintree cuando sonó la alarma.

—¿Y a qué hora fue eso?

—No tengo reloj. No lo sé. De todos modos, no habría pensado en mirar la hora. El fuego me provoca terror. Cuando entré al despacho estaba atardeciendo. Eso es todo lo que puedo decirle.

Él anotó aquella respuesta. Sólo Dios sabía qué estaba pensando aquel detective sobre lo que Raintree y ella estaban haciendo en el despacho. Sin embargo, a ella no le importó.

—¿Qué hicieron cuando sonó la alarma de incendios?

—Salimos corriendo hacia la escalera.

—¿En qué piso estaban?

Aquello sí lo sabía. Había mirado los números cuando subía en el ascensor.

—En el décimo noveno.

Él apuntó aquello, también.

—¿Qué ocurrió después?

—Había mucha gente en las escaleras —dijo ella lentamente, intentando dar forma a los recuerdos—. Sólo pudimos bajar un par de pisos antes de quedarnos atascados, porque la gente de los pisos inferiores estaba intentando subir. El señor Raintree les dijo... les dijo que tenían que bajar, que no encontrarían ninguna salida más arriba.

—¿Y se opusieron?

—No. Todos se dieron la vuelta. Ninguno tuvo un ataque de pánico.

Ninguno, salvo ella. Apenas podía respirar, y no a causa del humo. Cada vez recordaba las cosas con más claridad, y se sentía asombrada de lo ordenadamente que se había realizado la evacuación. Nadie había empujado, nadie había corrido. La gente se había dado prisa, por supuesto, pero no de un modo imprudente, sin arriesgarse a caer. Pensándolo bien, su comportamiento había sido anormal dadas las circunstancias. ¿Cómo era posible que hubieran conservado la calma de aquel modo? ¿Acaso no sabían lo que podía hacer el fuego?

Sin embargo, Lorna se dio cuenta de que ella tampoco había corrido. No había empujado a nadie. Había avanzado a un ritmo constante, guiada por el brazo de Raintree.

—¿Señorita Clay?

—Yo... ¿qué? —preguntó, mirando con desconcierto al detective.

—¿Qué hicieron cuando salieron?

—No salimos —respondió ella, que no podía dejar de temblar—. Cuando llegamos al piso bajo, el señor Raintree envió al resto de la gente hacia la derecha, hacia el aparcamiento, y después él... nosotros... —en aquel punto, le falló la voz.

Sabía que había intentado luchar contra él, que había intentado seguir a los demás. Entonces, Raintree le había ordenado que se quedara con él, y ella había obedecido porque no tenía voluntad para oponérsele, pese a que estaba enloquecida de pánico.

Después, cuando él se había sentado, ella se había sentado. Cuando él se había puesto en pie, ella lo había imitado. Y cuando él se había movido, ella lo había seguido. Hasta aquel momento, no había podido alejarse ni un paso de él. Comenzó a tener una terrible sospecha. Raintree la estaba controlando de algún modo, quizá por medio del hipnotismo, aunque Lorna no sabía cuándo ni cómo había podido hipnotizarla. En su despacho habían ocurrido cosas extrañas. Quizá aquellas velas despidieran gases con los que la había drogado.

—Continúe —le dijo el detective Harvey, sacándola de su ensimismamiento.

—Fuimos hacia la izquierda —dijo ella, temblando—. El fuego trepó por el techo y nos rodeó. Quedamos atrapados.

—¿Quiere sentarse? —le preguntó el policía, al ver lo violentamente que temblaba.

Sin embargo, Lorna negó con la cabeza.

—Estoy bien. Sólo estoy mojada y tengo frío.

Él la miró sin convencimiento, y después de unos segundos, asintió y siguió preguntando.

—¿Qué hicieron entonces?

Lo mejor sería no contarle que se había sentido como si es-

tuviera dentro de una burbuja. Quizá no lo entendiera. Y tampoco quería contarle que había sentido una brisa fresca en el pelo. Seguramente, estaba drogada. No había otra explicación.

—No podíamos hacer nada. Estábamos atrapados. El señor Raintree estaba soltando juramentos. Yo me ahogaba, y me caí al suelo. Entonces, los bomberos nos encontraron y nos salvaron.

Ella sabía que había algo más, pero no conseguía acordarse. Había ocurrido algo más. Ella lo sabía, pero no podía pensar qué era. Quizá después de tomar una ducha y dormir unas cuantas horas pudiera recordarlo.

El detective Harvey miró hacia atrás y cerró su libreta.

—Tiene suerte de estar viva. ¿La han examinado para ver si ha sufrido intoxicación por humo?

—Sí, gracias. Estoy bien.

El médico se había quedado asombrado al comprobar su buen estado, pero Lorna no se lo contó al detective.

—Me imagino que el señor Raintree tendrá que quedarse aquí durante un buen rato, pero usted puede marcharse a casa. ¿Tiene algún número de teléfono donde pueda localizarla si tenemos más preguntas que hacerle?

Lorna asintió y le dio su número de teléfono móvil.

—Gracias por su colaboración —le dijo el detective. Después, asintió para despedirse y se alejó.

Lorna se sentía exhausta y sucia. Le dolía la cabeza. Una vez que el detective Harvey había terminado de interrogarla, iba a marcharse a casa.

Lo intentó. Hizo varios intentos para caminar, pero no consiguió mover los pies. Se sintió frustrada y miró a Dante. Lo vio, más o menos solo. Era evidente que él también había terminado de responder al interrogatorio del otro policía; la estaba observando fijamente. MoviÓ los labios. Con todo el ruido de fondo, Lorna no consiguió oír lo que él le estaba diciendo, pero le leyó los labios con facilidad.

Él le había dicho:

—Ven aquí.



6

Y Lorna fue. No pudo evitarlo. Comenzó a mover los pies automáticamente. Tenía los ojos abiertos de par en par debido a la sorpresa y la alarma que sentía. ¿Cómo estaba haciendo aquello Raintree? ¿Cómo era capaz de controlar sus movimientos? Sin embargo, aquello no era lo más preocupante. Lo peor era saber que él la controlaba, porque eso podía provocar situaciones muy desagradables.

Mientras ella se acercaba, él la miró con una sonrisa petulante de satisfacción, y eso terminó de enfurecerla. Sin delatar sus intenciones, ella mantuvo una expresión de sorpresa hasta que estuvo junto a él. Entonces, le lanzó un puñetazo a la barbilla.

Él ni siquiera se lo esperaba, y aquel fuerte golpe hizo que le castañetearan los dientes. Lorna notó un agudo dolor en los nudillos, pero la satisfacción que sintió al golpearlo la compensó. Él se tambaleó, pero recuperó rápidamente el equilibrio con gracia de atleta, y extendió la mano para agarrarle a Lorna la muñeca en el momento en que ella le lanzaba otro puñetazo.

—Me merecía un golpe —le dijo él, sujetándola—, pero no admitiré el segundo.

—Suéltame —respondió ella—. ¡Y no me refiero sólo a la mano!

—Entonces, lo has comprendido —dijo él con frialdad.

—Al principio no me di cuenta, pero al verme en mitad de un incendio caí en la cuenta. No sé cómo ni por qué lo estás haciendo, pero...

—El motivo es evidente.

—¡Para mí no!

—Has hecho trampas en mi casino. ¿O es que creías que iba a olvidarlo debido al incendio?

—Yo no he... Espera un momento. No has podido hipnotizarme mientras bajábamos diecinueve pisos, y si lo hiciste mientras estaba en tu despacho, eso fue antes de que comenzara el incendio. Ahora, deshaz el encantamiento, o el vudú, o lo que sea. ¡No puedes mantenerme así!

—Sí puedo hacerlo.

Lorna nunca se había sentido tan furiosa ni tan frustrada. Estaba indefensa, y odiaba sentirse indefensa. Había construido su vida sobre la premisa de no ser una persona indefensa, de no volver a ser una víctima.

—Suéltame.

—Aún no. Todavía tenemos algunas cosas de las que hablar.

Raintree, a quien no parecía que importase demasiado la furia de Lorna, miró a su alrededor para estudiar aquella escena de destrucción. El hedor del humo lo impregnaba todo, y las luces rojas y azules de los vehículos de emergencia creaban un efecto de luz estroboscópica que intensificaba su dolor de cabeza.

Lorna estaba viendo los mismos detalles que él percibía, y los destellos de las luces le recordaban la bola de fuego... no, no las llamas... otra cosa. Sintió una dolorosa palpitación en la cabeza que la hizo jadear.

—Entonces vamos a hablar ahora —le dijo, llevándose la mano a la frente en un gesto instintivo para contener el dolor.

—Aquí no —dijo él, mirándola de nuevo—. ¿Te encuentras bien?

—Me duele muchísimo la cabeza. Podría irme a casa y tumbarme en la cama, si no fueras tan idiota.

—Pero soy idiota, así que ahora, cállate y compórtate como una buena chica. Voy a estar ocupado durante un rato. Cuando haya terminado, iremos a mi casa y charlaremos.

Lorna se quedó en silencio, y cuando él se alejó, ella permaneció inmóvil, como clavada al suelo. Maldito fuera aquel hombre, pensó con lágrimas de rabia que se le derramaron por las mejillas manchadas de humo. Alzó las manos y se enjugó las lágrimas. Al menos, él le había permitido que usara las manos. No podía hablar y no podía caminar, pero podía secarse la cara. En cuanto estuviera cerca de Raintree otra vez, volvería a darle un puñetazo.

Entonces, Lorna se quedó helada. Aquella breve ráfaga de ira se disipó, y fue reemplazada por el miedo.

¿Qué era aquel hombre?

Un hombre y una mujer que habían estado observando todo lo sucedido tras el cordón policial se dieron la vuelta y se dirigieron a su coche.

—Maldita sea —musitó la mujer con expresión sombría.

Se llamaba Elyn Campbell, y era la maestra del fuego más poderosa de todo el clan Ansara. Todo lo que sabían sobre Dante Raintree, y todo lo que ella sabía sobre el fuego, además de unos cuantos hechizos poderosos, había sido combinado para idear un plan que debería haber conseguido la muerte del Dranir de los Raintree. En vez de eso, su misión había sido un fracaso.

—Sí —dijo Ruben McWilliams, sacudiendo la cabeza. Todos sus minuciosos cálculos habían terminado en humo, literalmente—. ¿Por qué no ha funcionado?

—No lo sé. Debería haber salido bien. Él no es tan fuerte. Nadie lo es, ni siquiera un Dranir. Ha sido una exageración.

—Entonces, es evidente que él es el Dranir más fuerte que nunca haya existido. O eso, o uno de los más afortunados.

—O abandonó antes de lo que nosotros pensábamos. Quizá le entró miedo y salió corriendo a ponerse a salvo, en vez de intentar controlar el fuego.

Ruben exhaló un suspiro.

—Quizá. No vi cuándo lo sacaban, así que quizá estuviera por ahí durante un rato antes de que yo lo viera. Todo el equipo de emergencia estaba en medio.

Ella alzó la cabeza y miró al cielo.

—Así que hay dos posibilidades: la primera, que él se acobardara y huyera del incendio. La segunda, y la más probable, es que sea más fuerte de lo que habíamos pensado. A Cael no le va a gustar nada.

Ruben volvió a suspirar y se enfrentó a lo inevitable.

—Supongo que ya lo hemos aplazado suficientemente. Tenemos que llamar —dijo con renuencia.

Cualquier cosa que pudiera evitar aquella llamada a Cael Ansara sería de agradecer. Cael era primo carnal suyo, por parte de madre, pero aquel parentesco no significaba nada para aquel miserable. Quizá aquella sociedad secreta que había formado con Cael contra el Dranir Ansara actual, Judah, no fuera lo más inteligente que había hecho en su vida. Aunque había acordado con Cael que los Ansara eran fuertes, después de doscientos años de recuperación para vengarse de los Raintree y destruirlos, quizá se hubiera equivocado. Quizá Cael se hubiera equivocado también.

Sabía que Cael se inclinaría automáticamente por la primera posibilidad: que Dante Raintree se había acobardado y había huido del fuego en vez de intentar contenerlo. Descartaría la posibilidad de que Raintree fuera más fuerte de lo que ellos habían pensado. Cael no admitiría que no estaba en lo correcto, y pensaría que Ruben y Elyn no habían ejecutado adecuadamente el plan.

Ruben, sin embargo, sabía que no habían cometido errores. Todo había salido según lo previsto, salvo el resultado. Se suponía que Raintree iba a ser devorado por un fuego al que no podría contener, pero en vez de eso, había salido indemne.

Habría sido más eficaz dispararle un tiro a la cabeza, pero Cael no quería hacer nada que alertara al clan de los Raintree, y un asesinato abierto lo haría. Todo tenía que parecer accidental, lo cual creaba más problemas. La familia real, los

Raintree más poderosos, tenían que ser liquidados de un modo que no hiciera sospechar a nadie. Los miembros del clan Raintree entenderían que Dante Raintree pereciera en un incendio de su casino, porque sabrían que él habría luchado hasta el final para contener las llamas y salvar a los huéspedes del hotel.

Sin embargo, aquella noche algo había salido mal, y Dante Raintree aún estaba vivo. Eso era algo nefasto. El gran asalto al hogar de los Raintree, Santuario, estaba fijado para el solsticio de verano, para el cual sólo quedaba una semana. Elyn y él tenían una semana para matar a Dante Raintree... o Cael los mataría a ellos.



7

Con expresión grave, Dante se acercó al lugar donde había dejado a Lorna. No quería marcharse, pero sabía que no podía hacer nada más allí. Cuando la policía había terminado de interrogarlo, sólo pensaba en ir en busca de sus empleados para saber si había algún fallecido.

Para su profunda tristeza, la respuesta fue que habían rescatado un cadáver calcinado de entre las ruinas humeantes del casino. Los policías estaban trabajando para averiguar si había algún desaparecido. Quizá no hubiera un número definitivo de muertes hasta un par de días después.

Había encontrado a Al Rayburn, que tenía la voz muy rasgada y no dejaba de toser a causa de la inhalación de humo; sin embargo, su jefe de seguridad se negaba a ir al hospital, y seguía intentando mantener el orden entre los huéspedes evacuados del hotel. El personal estaba haciendo un trabajo admirable.

El edificio del hotel había sufrido escasos daños, y todos sus ocupantes, tanto trabajadores como huéspedes, habían salvado la vida. Probablemente, el hotel pudiera abrir de nuevo en dos semanas, pero, ¿quién iba a alojarse en él, si el casino había quedado reducido a cenizas?

Los medios de comunicación habían acudido en masa, y los continuos requerimientos de los reporteros para conse-